

XVI Domingo Tiempo Ordinario

Sabiduría 12, 13. 16-19; Romanos 8, 26-27; Mateo 13, 24-43

*« Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla,
y el trigo almacenadlo en mi granero »*

17 Julio 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque no sabemos pedir lo que nos conviene»

La semilla muere y da fruto. Crece en la oscuridad sin que nos demos cuenta y nos hace valorar lo importante que es el presente. Nos podemos asustar al ver que el fruto no aparece cuando nosotros queremos y nos puede sorprender el silencio del crecimiento. Pero lo importante no es el pasado ni el futuro, lo importante es cómo vivimos el presente. Al protagonista de la película *«Kung Fu Panda 2»* le enseñaban la importancia de tener paz interior para afrontar la vida. Porque cuando no tenemos esa paz en el alma, esa paz que es un don, vivimos sin profundizar, sin encarar la vida con un corazón abierto: *«El tiempo más importante es el ahora. Puede que el comienzo de tu historia no sea muy feliz, pero eso no decide quién eres. El resto de tu historia lo decidirá. Lo que decidas ser determinará tu futuro»*. Tenemos la posibilidad de cambiar nuestra historia ahora, en el presente. De nada sirve vivir anclados en lo que pudo ser o llenos de miedo por lo que puede ocurrir. La paz con la que vivimos las dificultades determina lo que podemos ser. En la decisión que tomamos cada día se juega nuestro camino; es la opción de vida que nos lleva a elegir el bien. Sabemos que hemos nacido para sembrar semillas de eternidad que no nos pertenecen y cuyos frutos tal vez no contemplaremos. Sabemos que nuestra vocación es hacer posible lo imposible, con manos de barro y pies cansados, con la sensación de que no hacemos nada. Sabemos que, si no nos detenemos a reflexionar, a buscar la paz para vivir y caminar, las decisiones las irán tomando otros por nosotros. Sabemos que Dios se sirve de la pequeñez de los instrumentos, de la pobreza de los protagonistas, de las caídas de los que pretenden ser perfectos. Sabemos que la semilla de Dios crece en el silencio del corazón, sin hacer ruido, transformando la realidad. Pensamos que nuestras semillas no van a dar fruto y olvidamos que su fecundidad no depende de nosotros. Dios logra hacer lo que nosotros no hacemos. Como leía el otro día en un cuento: *«Sé que no hace falta estar en un lugar para existir en él y que no es necesario tocar, oír o ver una cosa para que suceda»*¹. **Los frutos son de Dios y la gracia actúa como quiere, donde quiere y cuando quiere; Dios hace y deshace porque todo lo puede.**

Hoy queremos crecer en nuestra capacidad para captar la vida, para alegrarnos con todo lo que nos sucede y ser positivos. Porque sabemos que: *«No perder la capacidad de asombro es una de las formas de comprobar que estamos vivos»*². Queremos ser capaces de asombrarnos ante todo lo que ocurre a nuestro alrededor, queremos aprender a vivir. Dios nos habla en todas partes, aunque a veces no entendamos su voz silenciosa. Queremos desterrar el aburrimiento del alma, porque es triste vivir aburridos. Porque cuando nos aburrimos de nuestra vida vivimos de forma miserable y esa no es la forma más apropiada para encarar los desafíos de cada día. Conviene escuchar a Phil Bosmans, un sacerdote de origen belga, que tiene meditaciones que nos ayudan en el camino de la

¹ Mamen Sánchez, "El gran truco", 149

² Raúl de la Rosa, "El ermitaño que veía películas de Hollywood", 163

vida: *«Vivir es una aventura apasionante, con Dios y con los hombres, en un mundo de luces y tinieblas. No quiero ser un héroe, sino un pilluelo que recoge las flores olvidadas y se ríe de los grandes que se apoyan en el poder y la riqueza»*. Vivir de forma sencilla, con los pies en la tierra y el alma prendida del cielo. Dejando que la vida florezca allí donde echen raíces las semillas que caen a nuestro paso. Dejando que haya sombras y luces, porque la vida tiene ambas realidades. Nunca seríamos capaces de soportar la presencia constante de la luz. La luz y la oscuridad conviven. Por eso nos alegra poder pasar de la noche al día, del invierno a la primavera, del calor al frío. Los cambios no perturban nuestra paz, nos dan vida. Dejamos que Dios crezca en ese silencio aparentemente ineficaz para este mundo. Dejamos que el mal conviva junto al bien, sin inquietarnos. Porque Dios vence. **Dejamos que su Reino se haga fuerte en la aparente debilidad de nuestras manos, sin miedo.**

Somos conscientes de nuestra fragilidad y necesitamos la fuerza del Espíritu para seguir luchando. Porque no sabemos pedir lo que de verdad nos conviene: *«El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios»*. Romanos 8, 26-27. La debilidad de nuestra vida es no saber bien qué necesitamos en cada momento para seguir creciendo. Nos dejamos llevar por nuestras apetencias y apegos sin saber discernir lo que más nos conviene. Nos engaña el mundo con sus pretensiones y creemos que no podemos caminar sin determinadas condiciones. Creemos que no seremos capaces de soportar el dolor y nos asusta la cruz que pretende devastar nuestra frágil felicidad. Pedimos lo que creemos nos llenará el corazón, aunque luego no nos satisface y el corazón permanece insatisfecho. No sabemos pedir. No tenemos la mirada de Dios que ve el conjunto de nuestra vida y ve la realidad sobrenatural, la eternidad, el más allá. Nosotros nos quedamos limitados en lo que vemos y tocamos, sin trascender el mundo, sin ir más allá. Pedimos con el corazón apegado a la tierra. **Y no percibimos la presencia silenciosa y misteriosa de Dios en nuestra vida. Esa realidad que crece sin ruidos.**

Hoy Jesús nos habla a través de tres historias para tratar de explicarnos cómo crece y se manifiesta el Reino de Dios en medio de los hombres, aún cuando parece que no está presente. Jesús recurre a la realidad cotidiana para explicar lo que Dios hace en nuestra vida: *«Jesús expuso todo esto a la gente en parábolas y sin parábolas no les exponía nada. Así se cumplió el oráculo del profeta: -Abriré mi boca diciendo parábolas, anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo»*. Todo se explica mejor así, porque si no es de esta forma, no entendemos. El misterio nos resulta algo más cercano cuando escuchamos una historia sobre la vida. Jesús habla del trigo y la cizaña, de la semilla de mostaza y de la levadura en la masa. Son ejemplos de la vida diaria. Son explicaciones que todos entienden. De otra manera nos resulta difícil entender la acción de Dios en el hombre, los milagros de la gracia. Nos cuesta entender que el Reino de Dios crece cuando los signos del mal son tan visibles: el odio, las guerras, las muertes de inocentes, las tragedias, las injusticias. Parece que el mal tiene mucho más poder que el bien y no nos creemos que el Reino siga creciendo. Las comparaciones con hechos cotidianos nos permiten comprender la verdad de la acción de Dios. **La gracia actúa en el silencio, en la oscuridad, sin éxito aparente.**

Jesús nos habla en primer lugar del trigo que crece junto con la cizaña: *«En aquel tiempo, Jesús propuso otra parábola a la gente: -El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, su enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: -Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña? Él les dijo: -Un enemigo lo ha hecho. Los criados le preguntaron: -¿Quieres que vayamos a recogerla? Pero él les respondió: -No, que, al arrancar la cizaña, podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega y, cuando llegue la*

siega, diré a los segadores: -Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero». Pero aún así, los discípulos no logran entenderlo del todo: «Los discípulos se le acercaron a decirle: -Acláranos la parábola de la cizaña en el campo. Él les contestó: -El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del reino; la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles. Lo mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será al fin del tiempo: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su reino a todos los corruptores y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga». Mateo 13, 24-43. Y de esta forma se abre su entendimiento y comprenden. Entienden que la lucha entre el demonio y Dios ocurre en todo momento. Sin grandes batallas visibles para todos. Sigue sucediendo. **Una y otra vez, cada día, el hombre opta entre seguir el mal y ser cizaña o crecer como el trigo.**

Jesús nos habla de la acción del Maligno que aprovecha para actuar cuando el hombre duerme. Decía S. Agustín: «Cuando el diablo con sus detestables errores y falsas doctrinas ha sembrado la cizaña, ha arrojado las herejías valiéndose del nombre de Cristo, se oculta y se hace más invisible». Mientras dormimos siembra el demonio la cizaña que nos habla de todo lo que divide a los hombres y los aleja de Dios. La cizaña se alimenta de la crítica, la desconfianza, la difamación, el deseo de venganza, el odio, el desamor, la envidia, el desprecio, el rencor, la falta de perdón, las pasiones desordenadas. El demonio se aprovecha de nuestro sueño y dejadez, de nuestra mediocridad y tibieza, y se esconde, sembrando desunión en el corazón y a nuestro alrededor. Sabe que no puede atacarnos cuando estamos fuertes y aprovecha cuando nos dejamos llevar por la vida sin luchar, como dormidos y apáticos. Nos desanima cuando nos dice: «Fíjate en ti, ¿cómo puedes pensar que las cosas van a cambiar a tu alrededor, si sólo estás tú y un puñado de locos como tú? ¡Fíjate en ti y en tu pecado!» Y nos recuerda que somos débiles y que somos pocos. Intenta que sólo nos fijemos en nuestras caídas y logra que no pongamos los ojos en el Reino de Dios que está dentro de nosotros. **Pretende hacernos creer que tenemos la batalla perdida y quiere desanimarnos para que no tengamos fuerzas para luchar por la vida.**

Hoy nos sorprende escuchar lo que Jesús nos pide: «Dejadlos crecer juntos hasta la siega». La reacción de los discípulos que quieren arrancar la cizaña es nuestra misma reacción. No soportamos que exista el mal junto al bien, nos inquieta. No toleramos la imperfección junto a lo perfecto. El defecto junto a la virtud. Nos parece imposible que lo bueno pueda sobrevivir junto a lo malo sin llegar a contaminarse o morir. Quisiéramos ser perfectos y sin pecado. La paciencia de Dios con el hombre nos desconcierta. Aguantar sin quitar el mal hasta el final nos parece una quimera. Siempre hemos escuchado que la manzana podrida echa a perder a las demás manzanas. ¿Entonces? ¿Qué sentido tiene dejar que la cizaña ponga en peligro la vida del trigo? Dios cree en el arrepentimiento del pecador, en su conversión. Aguarda con paciencia. Lo hemos escuchado en la primera lectura: «Obrando así, enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano, y diste a tus hijos la dulce esperanza de que, en el pecado, das lugar al arrepentimiento». Sabiduría 12, 13. 16-19. Siempre es posible volver el rostro hacia Dios. Por eso no elimina la cizaña confiando en la conversión. Y permite que el justo camine junto con el pecador. Tampoco elimina la cizaña de nuestra alma, porque nunca vamos a dejar de pecar. Dios tolera el mal hasta un punto que nos desconcierta. No elimina al pecador y permite que se repita su pecado. No acaba con aquel que se deja seducir por el demonio, sino que permite que conviva con el justo, con los peligros que tiene la cercanía del mal. Permitir esta realidad nos sigue sorprendiendo. Pero Dios lo respeta. Dice Benedicto XVI: «Dios deja una medida grande de libertad al mal y a los malos; pero, no obstante, la historia no se le va

de las manos»³. Pero nosotros creemos a veces que Dios sí se desentiende cuando no acaba con el mal, con el pecado o con el odio. Nos parece que se **desentiende del destino del hombre y de su salvación. Pero no es así. Su amor vence con esa paciencia infinita.**

Luego compara el Reino de Dios con la semilla de la mostaza, la semilla más pequeña que existe; esa semilla que muere y deja que crezca un árbol inmenso: *«Les propuso esta otra parábola: -El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un arbusto más alto que las hortalizas, y vienen los pájaros a anidar en sus ramas».* Pero a nosotros nos cuesta entender el misterio de la vida. El Reino de Dios se manifiesta en una sola semilla, la más pequeña y su pequeñez nos sorprende. Pero el Señor puede hacerlo todo posible, está en su mano, como escuchamos en el salmo: *«Tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan. Señor, escucha mi oración, atiende a la voz de mi súplica. Grande eres tú, y haces maravillas; tú eres el único Dios. Pero tú, Señor, Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y leal, mírame, ten compasión de mí».* Sal 85, 5-6. 9-10. 15-16^a. No nos damos cuenta del valor de nuestra vida, aunque sea pequeña como la semilla de la mostaza. Dios le decía al profeta Ezequiel: *«Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé»* Ez 22,30. Un solo hombre basta para contener la brecha, un hombre débil y pequeño. Un solo hombre puede cambiar la historia de la humanidad. Pero hace falta el sí de ese hombre, su docilidad a los planes de Dios, su deseo de servir y dar la vida. Es igual que esa pequeña semilla que tiene que enterrarse para dar fruto. Una sola semilla. Puede ser nuestra vida, nuestro sí, nuestra palabra sincera. Basta con un hombre para que la historia cambie de forma radical. **Pero hacen falta esos hombres que estén dispuestos a darlo todo, que no tengan miedo, que digan su sí radical y sincero.**

Siempre que hablo de semillas recuerdo esa historia muy conocida de la señora que echaba todos los días semillas por la ventana del autobús. Un hombre la vio y le preguntó cuál era el sentido de lo que hacía. Ella quería que crecieran flores junto a la carretera. El hombre tenía sus dudas: *«Pero las semillas caen sobre el asfalto son aplastadas por las ruedas de los coches, devoradas por los pájaros, ¿cree usted que las semillas germinarán?»* Ella le respondió: *«Aunque muchas se pierdan, algunas acaban cayendo en la tierra y con el tiempo van a brotar».* Esa esperanza alegraba el corazón de la señora. Cuando falleció, el hombre que había dudado, pudo ver los frutos de esas semillas lanzadas al aire. Al borde de la carretera habían crecido muchas flores. Por eso, nunca podemos dudar de los frutos que dependen sólo de Dios. Nosotros sólo lanzamos semillas al viento. Y no podemos cansarnos de hacerlo pensando que no van a dar fruto. El fruto y la fecundidad no dependen de nosotros. Es necesario que no nos desanimemos. Tenemos que seguir sembrando llenos de esperanza, con confianza en Dios. Sta. María Goretti fue una niña que murió violentamente a los 12 años defendiendo su virginidad. Se venera a esta santa como mártir de la virtud. Con sólo 12 años nos deja un testimonio de fidelidad y de amor que sigue vivo hoy. La semilla de su corta vida ha dado mucho fruto y miles de personas siguen peregrinando hasta la iglesia en la que se veneran sus restos. Muchos jóvenes, al escuchar su testimonio, se cuestionan sobre cómo viven la virtud. Pensar en estas categorías nos da esperanza. **Pensar que nuestra vida no se pierde, ni nuestras palabras, ni nuestro amor, es un signo de vida que nos anima a seguir luchando y sembrando.**

Por último, Jesús nos habla hoy de la levadura y el efecto que provoca en la masa: *« El reino de los cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina, y basta para que todo fermente».* La levadura hace que la masa crezca. Es pequeña, no tiene fuerza y, sin embargo, logra que todo sea fecundo. Así es el Reino de Dios cuando comienza.

³ Benedicto XVI, “Jesús de Nazaret”, 45

Pasa inadvertido, es demasiado insignificante en comparación con el mal, con las desgracias o con la muerte. Los que lo ven no creen que pueda llegar a cambiar la realidad, porque no tiene fuerza. Sin embargo, en el silencio, el Reino va dando su fruto. Para ello es necesario dejar que el tiempo haga su trabajo. La levadura actúa y hace que aumente la masa. Pensaba en una reflexión que escuchaba el otro día en la película *«Encontrarás dragones»*. Uno de los protagonistas comentaba que se consigue sacar de un grano de chocolate todo su sabor sólo cuando se hace de la forma adecuada: *«El grano de chocolate exige sabiduría, paciencia, esfuerzo y amor, para lograr sacar sus cualidades divinas»*. Así tiene que ser en nuestra vida. Tenemos que cuidar la semilla que recibimos para poder sacar de su interior toda su riqueza. Si cuidamos lo que tenemos lograremos dar lo máximo en nuestra vida. Con amor, con sabiduría, con paciencia, con disciplina, con tiempo, Dios saca lo mejor. Así el Reino se hace presente en nuestra vida, en la sencillez de nuestra entrega. Es muy importante el tiempo que invertimos en cuidar esa semilla, ese grano que Dios ha puesto en nuestro interior. Decía el P. Kentenich: *«Tenemos que trabajar en nosotros mismos pues, de lo contrario, nos volveremos superficiales. Tenemos que educarnos a nosotros mismos a lo largo de toda la vida. Sólo cuando estemos en la eternidad podremos decir, tal vez: ahora estamos listos con la educación»*⁴. El trabajo con nuestra vida no acaba nunca. Siempre hay algo que mejorar, siempre existe algún aspecto en el que trabajar. Siempre estamos en tensión, expectantes, actuando. El fin hacia el que caminamos está claro, como dice el P. Kentenich: *«Éste es el fin de nuestra educación: hacer que los que nos han sido confiados tengan la disposición y la capacidad de vivir por motivación e iniciativa propias la vida de un hijo de Dios»*⁵. Es el fin hacia el que nos educamos. **Ser hijos dóciles de Dios. Hijos que se dejen educar y transformar para dar vida.**

Escuchamos estas imágenes de Jesús y algo revive en el corazón. Pensamos en la pequeñez de los instrumentos y en el desafío de la misión que tenemos por delante. Sabemos que Dios hace lo que quiere y cosecha donde no ha sembrado. Hoy se nos presentan valores e ideales que quieren tener eco en nosotros. Pero es necesario que calen de forma instintiva en el alma. Decía el P. Kentenich: *«No podemos esperar que las personas cada vez que pronunciamos la palabra Dios estén electrizadas. Tampoco nosotros somos así. Las verdades y valores tienen que dar alguna respuesta a un instinto que haya en nosotros»*⁶. Queremos que estas verdades toquen el corazón. El camino para que vaya dando vida en nosotros la semilla consiste en abrir el corazón por medio de la paz interior, como nos lo recuerda S. Pedro Crisólogo: *«Es a través de la práctica de la paz. La paz es la que despoja al hombre de su condición de esclavo y le otorga el nombre de libre y cambia su situación ante Dios, convirtiéndolo de criado en hijo, de siervo en hombre libre»*. La paz nos hace verdaderamente hijos y nos permite dar lo que hemos recibido gratis, las semillas que Dios ha puesto en nuestras manos. Una persona me decía hace poco: *«En el fondo los dones son regalos, los recibimos gratuitamente y hay que explotarlos como un regalo, no como una carta de presentación para que nos quieran. Son un regalo que el resto se pierde si no los damos. Y si lo hacemos mal en el camino, pues no pasa nada, ¿no? Ojalá esto se nos meta dentro, muy dentro y vivamos la vida con esa paz»*. Damos lo que tenemos, aunque a veces nos confundamos y no hagamos las cosas tan bien como quisiéramos. En realidad no se trata de hacerlo todo perfecto. Lo damos todo no para ser aceptados o encontrar eco en las demás personas. No para que nuestros consejos, palabras y testimonios sean tomados en cuenta y valorados. No sembramos para recibir los frutos y ver la fecundidad que hemos logrado como mérito propio. No, todo es don. Por eso nos dejamos la vida para que el Reino de Dios crezca y se haga fuerte. **Simplemente nos damos porque todo lo que tenemos se nos ha dado previamente, porque no tenemos derechos. Nosotros sólo sembramos. Dios cosecha.**

⁴ José Kentenich, "Textos pedagógicos", 286

⁵ Ibídem, 280

⁶ Ibídem, 271